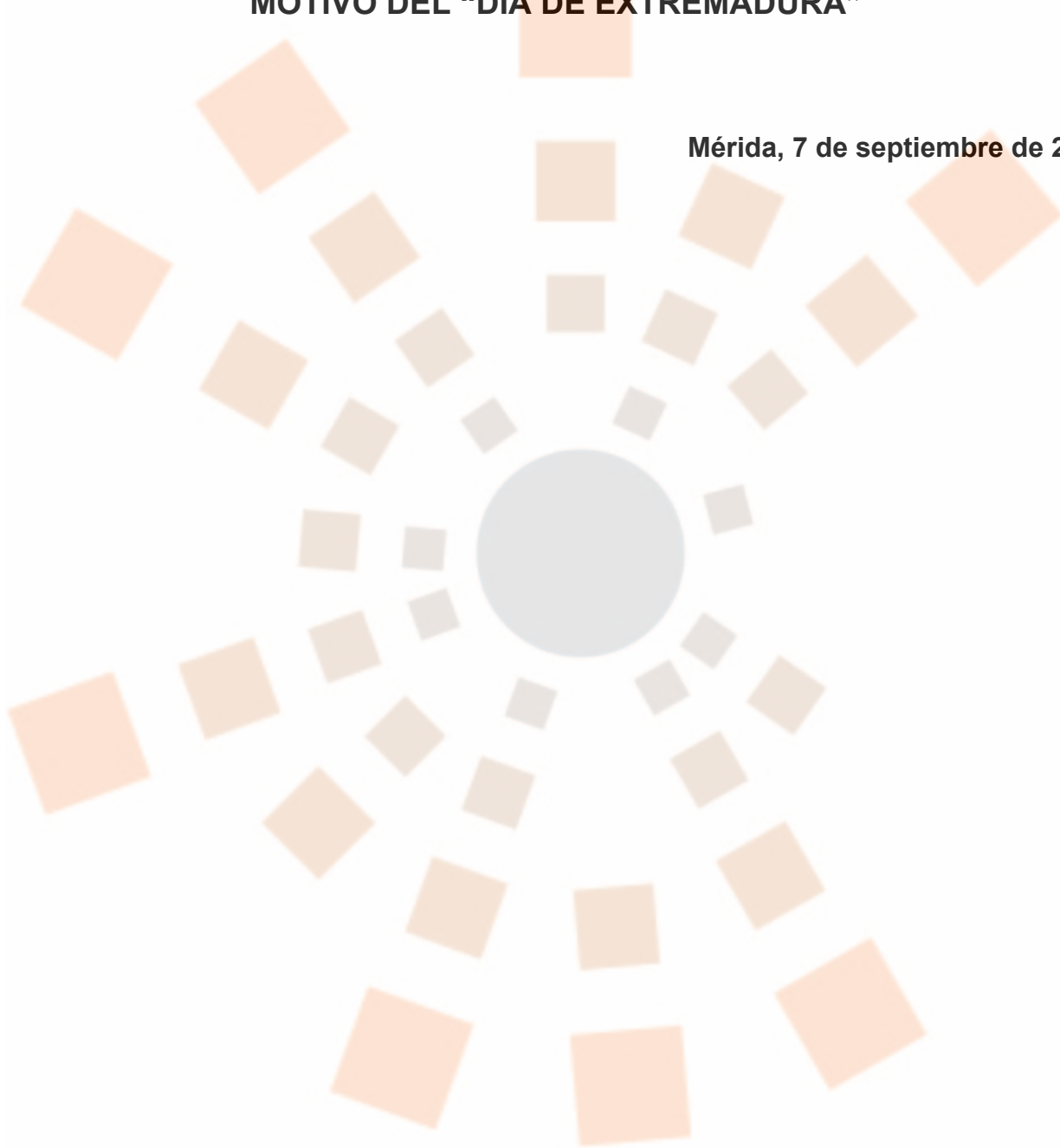


**DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON
MOTIVO DEL “DÍA DE EXTREMADURA”**

Mérida, 7 de septiembre de 2002



DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON MOTIVO DEL “DÍA DE EXTREMADURA”

Mérida, 7 de septiembre de 2002

Excmas. e Ilmas. Autoridades, Sras. y Sres.

Este hermoso espacio del Teatro Romano de Mérida se está convirtiendo, poco a poco, en una especie de símbolo privilegiado de nuestra comunidad humana, de toda la región. No sólo, pero también, por el hecho de que en él celebremos desde hace años este Acto Institucional del Día de la Comunidad y la entrega de las Medallas de Extremadura. Podría decirse que este frente de la escena es un espejo en el que se refleja toda la riqueza y la diversidad de la región, una forma de reconocernos a nosotros mismos en aquellas personas que, por sus méritos individuales, hemos señalado como ejemplo para todos los demás.

En esta ocasión se trata de tres personas y dos Instituciones. La concesión de la Medalla a las Obras Sociales de las Cajas generó cierta polémica, no de muy altos vuelos, todo hay que decirlo, pero creo que finalmente se ha entendido que estas obras sociales suponen un esfuerzo generoso de unas entidades con su entorno social, y no sólo con sus clientes. Extremadura debe muchas cosas a esta parte tan especial de la gestión de unas no menos especiales entidades financieras, las Cajas. Y es justo que la región retribuya esa magnanimidad de la mejor forma que tiene, distinguiendo a estas iniciativas sociales con su mayor galardón.

Un veteranísimo artista plástico, un también veterano director de periódico y una joven médico cooperante, son las personas hoy homenajeadas. Son bagajes muy distintos entre sí, desde la introspección de la obra pictórica, intransferible, a la responsabilidad pública diaria ante miles de lectores, pasando por el compromiso personal con los desheredados del tercer mundo, lejos de esta tierra. Pero todos ellos hacen Extremadura, y la hacen mejor, que es lo que cuenta. Con el pincel, con la pluma o con el fonendo, estos tres extremeños orgullosos de serlo, han contribuido a hacernos más nobles, más sabios, más generosos y más críticos a todos los demás extremeños. Justo es también que se lo agradezcamos de la mejor forma que sabemos, con nuestro cariño en forma de Medalla de Extremadura.

En estas intervenciones de celebración del Día de Extremadura hemos hecho muchas reflexiones sobre la región y los cambios que ha sufrido durante la singladura de autonomía. Han sido momentos para ordenar las impresiones fugaces del día a día, que a veces no nos dejan tiempo para ir reposando una idea común y compartida de la transformación de la región. Uno de los asuntos más recurrentes y discutibles estos años

ha sido el cambio en la imagen de la región, tanto para los extremeños como para el resto de los españoles.

Nunca en este acto he hablado de ello porque, particularmente, no soy un maniático de la cuestión de la visión ajena de Extremadura. A algunos les obsesiona la imagen de Extremadura, a mí lo que me obsesiona son los problemas de los extremeños, de cada uno de ellos y de todos en su conjunto. Como gobernante, prefiero crear identidad a crear imagen. Pero admito, sin embargo, que una buena gestión de la imagen colectiva de nuestra tierra pueda tener consecuencias positivas para los que vivimos en ella.

Ahora bien, no hay que obsesionarse, y hay que poner esa presión de la imagen en unos límites razonables, y no confundir nunca nuestra realidad con lo que de ella dicen desde fuera de Extremadura. Una cosa es nuestra identidad y otra nuestra imagen, son dos planos completamente distintos. De Extremadura, como de tantas tierras periféricas de España, se oyen a veces muchas tonterías. A mí me resulta particularmente molesta esa de “Extremadura: la gran desconocida”.

Durante muchos años, los extremeños hemos estado demasiado pendientes de lo que se pensaba de nosotros por ahí fuera. Me inquieta sólo relativamente lo que se dice de nosotros desde el exterior. Lo que sí me preocupa es que modulemos nuestro mensaje por lo que puedan pensar fuera; que lo varíemos; que estemos demasiado pendientes de esa imagen. Que seamos capaces de cambiar lo que pensamos a causa del “qué dirán”. Para Extremadura es tan peligroso el silencio del pasado como el miedo al “qué dirán” del presente.

Extremadura, queridos amigos, a quien tiene que gustar es a sí misma y, después, a los demás. Extremadura tiene que gustarse, en reflexivo, y luego, como consecuencia de esa sustancial conformidad con nosotros mismos, seguramente gustará a los demás.

Lo que de nosotros se perciba por esos mundos de Dios tendrá, desde luego, que ver con lo que decimos y con lo que hacemos. De lo que se deduce que, cuando Extremadura no existía, no contaba, no era tenida en cuenta, era porque no hablaba o no actuaba. Sencillamente. No era ninguna conjura de silencio, ninguna animadversión, ningún desprecio. Pero eso se acabó hace algunos años.

Como otros pueblos de España, Extremadura se dotó hace unos veinte años de unas Instituciones, de unos símbolos, de unos medios materiales propios, y, en consecuencia, se dotó de una opinión colectiva que antes no tenía. Lo que no venía con las transferencias era una voz propia en el concierto nacional. Eso no nos lo transfirieron. Eso ha habido que ganárselo a pulso, en competencia con otras poderosas instancias territoriales, institucionales, sociales, culturales o económicas.

Y ése es uno de nuestros más rentables activos políticos de hoy, tener una voz, una presencia de conjunto con su propia personalidad y estar dispuestos colectivamente a mantener esa voz propia y esa personalidad diferenciada hoy y mañana.

Nuestra imagen hacia el exterior se construye con opiniones y con actuaciones. Es posible que esa imagen que se tiene fuera de nosotros no coincida al cien por cien con la que hoy tenemos de nosotros mismos. Seguramente ahora nos vemos mejores de lo que nos ven por ahí fuera, como por cierto le pasa a todos los pueblos con esos clichés tan injustos y tan reduccionistas de las encuestas sobre quienes son los más trabajadores, los más tacaños, los más abiertos, los más melancólicos, los más generosos, etc.

Pero no hace tanto tiempo los extremeños teníamos peor opinión de nosotros mismos que los propios extraños. Ahora es posible que, como casi todos los pueblos, nos veamos más altos y más guapos de lo que somos en realidad, o de como nos ven los otros, pero ese cambio denota una mayor confianza en las propias virtudes y un giro copernicano en nuestra autoestima. Y ese optimismo no se ha construido sólo con palabras, sino que se ha construido, sobre todo, con hechos.

Esos hechos que hacen que cada vez sean más los que dejan el tópico de “Extremadura es la gran desconocida” para pasarse a la más gráfica y certera frase de “¡Extremadura está desconocida!”. Y en este cambio entre el ser y el estar se cifra precisamente la idea de desarrollo y avance de nuestra tierra. Porque los que dicen la segunda frase no son los ignorantes que no nos conocían, sino que son los que sí nos conocieron en el pasado y ahora aprecian tal cambio que les parece encontrarse en otro lugar, ante otra gente, ante otras perspectivas y otro clima social. Y para emitir esas personas ese juicio hiperbólico sobre el cambio apreciado en la región, esas personas no se basan desde luego en las palabras de nadie, por más cualificada que sea su legitimidad para emitir las en nombre de todos, sino en su apreciación, en lo que ven, en lo que notan, en la obviedad de esa profunda transformación de nuestra tierra.

Son las acciones y no sólo las palabras, las que conforman la imagen exterior de nuestra región. Las palabras sin realidades detrás no tendrían ese efecto hipnótico que a veces se cree que tienen, pero, al mismo tiempo, las realidades, si no se conocen, no permiten variar esa imagen pasada del silencio y el conformismo extremeño. Por eso, si hay que elegir, me quedo con las acciones, desde luego, porque, como he dicho, los extremeños no debemos vivir obsesionados por lo que se piense de nosotros por ahí fuera. Pero en la medida en que la divulgación de ese cambio sea útil para seguir cambiando, porque sensibilice a otros actores de los cuales todavía dependemos en alguna medida, la labor de difusión, la de la imagen, será complementaria de la acción.

Por eso, para no perjudicar la divulgación de esa actividad, es necesario tener mucho cuidado con las cosas que se dicen para consumo doméstico sobre nuestra propia realidad. Ya parece que llevamos algunos años sin que determinados extremeños hablen del voto cautivo o de la incultura política de sus paisanos. Teniendo en cuenta las cosas que hemos oído al respecto, no deja de ser un cierto avance. Pero a veces sale ese ramalazo de masoquismo que nos hace proclamar a los cuatro vientos lo que en otros lugares no deja de ser una simple crónica de sucesos. Las crónicas de los incendios de este verano, por ejemplo, lejos de informar, se han convertido en el mejor ejemplo de lo que no hay que hacer si se quiere apostar por el turismo en determinadas comarcas de nuestra región. No pido que mantengamos la censura que mantuvieron los norteamericanos a raíz de los hechos del 11 de septiembre pasado. Pero sí pido que no amplifiquemos aquello que nos perjudica como pueblo y no aporta nada cuando se

recurre simplemente al sensacionalismo. Que cada cual examine, por tanto, quién y cómo contribuye, no sólo a la identidad, sino a la imagen de Extremadura y de los extremeños.

He dicho antes que la proyección de nuestra imagen no puede obsesionarnos, pero también que la divulgación del cambio realizado en Extremadura puede ayudar a seguir cambiando, porque sensibilizará a otras instancias para colaborar en nuestro desarrollo. En efecto, hasta hace muy poco Extremadura era una región que para conseguir una solidaridad efectiva del resto de España tenía, permítaseme esta dura expresión, que hacer ostentación de la pobreza y de la incapacidad para valerse por sí misma. Pedíamos ayuda, especialmente a los poderes centrales y a los europeos, en la medida sólo de nuestras necesidades y de nuestras debilidades estructurales. Ésa era nuestra tarjeta de presentación, la exhibición de nuestra secular penuria.

Bien entendido que esa situación no era una responsabilidad de estas generaciones de extremeños de hoy, sino de un penoso legado de incuria y olvido por parte de los poderes políticos y económicos españoles de los últimos siglos. Era una pesada herencia, con más deudas que bienes, que nosotros hemos tenido, los extremeños de hoy, que administrar. Y era, aunque resulte sarcástico, un activo político que plantear a quienes podían ayudarnos. Las estadísticas eran tan clamorosamente transparentes que resultaba difícil no rendirse ante la evidencia de nuestras perentorias necesidades.

Pero ahora, afortunadamente, la situación es distinta. Ahora tenemos muchos activos que exhibir. Ahora podemos presentarnos con un patrimonio socioeconómico propio que no es ya sólo unas manos injustamente vacías. Y eso supone un giro sustancial, no sólo en la dignidad con la que reclamamos la solidaridad proclamada por la Constitución, sino también en una mayor capacidad de convicción frente a terceros.

En efecto, en los últimos años venimos conociendo los resultados de varios estudios económicos y estadísticas oficiales sobre el crecimiento de la región. El Informe de La Caixa, el de las cajas, el Informe Hispalink, los datos oficiales del Instituto Nacional de Estadística, apuntan invariablemente a que Extremadura es una de las regiones con mayor y más sostenido crecimiento en los últimos años. Unos nos ponen los primeros y otros los segundos, pero siempre en la cabeza; unos hablan de los últimos diez años y otros de los últimos siete años, pero la tendencia que describen es siempre la misma, crecimiento muy por encima de la media española. Extremadura siempre dicen está entre las que más crecen.

Ha sido un esfuerzo enorme de toda la región. Y sin embargo, seguimos comparativamente mal, a pesar de que acortamos distancias cada año con una constancia digna de elogio. ¿Cómo encarar entonces esta situación?

Los extremeños de hoy tenemos que responsabilizarnos de lo que hemos hecho nosotros en estos años de autonomía. Y lo que hemos hecho ha sido crecer; y además, crecer más que los demás. Los extremeños de la generación del Estatuto de Autonomía no somos responsables del pasado, de cómo estaba la región cuando se inició el autogobierno, sino de cómo la hemos hecho crecer partiendo de aquella situación límite.

De eso nos hacemos responsables y de eso me hago responsable yo personalmente como Presidente, de lo que haya pasado en estos años de autonomía, de ese crecimiento, por tanto. Extremadura siempre está entre las que más crecen, dicen las estadísticas. Y si no hemos alcanzado a los demás ha sido, hora es ya de decirlo, por la situación tan lastimosa y desolada de la que partíamos. Como estábamos hace 20 años es un dato histórico. Como crecemos es lo que nos corresponde asumir a nosotros, a los extremeños de hoy y a los gobernantes de hoy.

Esta nueva situación y este análisis nos permite reclamar los apoyos nacionales y europeos que necesitemos con nuevas y poderosas armas de convicción. Y por eso es más importante que en otras ocasiones proyectar una imagen positiva de la realidad regional hacia el resto de España. No pretendo que se oculte la realidad o que se silencien las torpezas o errores míos o de mi gobierno. No. Lo que pretendo es que pongamos en valor aquello que pueda servirnos de aval para nuevas iniciativas. Nadie, por ejemplo, querrá hacer un negocio con un vecino al que se le difama diciendo a los cuatro vientos que está en la ruina. Nunca fuimos ricos, pero les aseguro que ahora no somos pobres. Lo que propongo, es un cambio radical de perspectiva que quiero subrayar especialmente en este acto.

Extremadura ya no va a reivindicar en proporción sólo a lo que necesita, como hemos hecho hasta ahora, sino que vamos a reclamar apoyos en proporción a nuestro esfuerzo, a lo que damos, a lo que ponemos y a lo que tenemos. Ya no pedimos porque tengamos las manos vacías, sino porque tenemos las manos sudadas y encallecidas, y la caja con fondos suficientes para acompañar cualquier proyecto generador de riqueza y trabajo. Ya no exigiremos por lo que nos falta, que cierto todavía es mucho, sino por nuestro esfuerzo, por lo que estamos haciendo. Y eso no será subsidio, sino acompañamiento.

Y si nos esforzamos como nos estamos esforzando, pedimos proporcionalmente que se nos apoye, en función de nuestro esfuerzo, desde todas las instancias nacionales y, especialmente, desde el Gobierno español y el Gobierno europeo. No sólo porque haya innegables déficits todavía, sino también porque esa solidaridad no está cayendo en saco roto, porque estamos haciendo buen uso de ella, porque no la hemos utilizado sólo para mantenernos, para no descolgarnos, sino también para acercarnos constantemente a las medias, con un gran esfuerzo que merece ser acompañado y recompensado. Porque los extremeños de hoy tenemos derecho a dejar de sentir la injusta soledad de nuestro esfuerzo.

Esta nueva forma de encarar la cohesión o la solidaridad, como una forma de acompañar proporcionalmente el esfuerzo que hace el receptor, termina de una vez por todas con el perverso discurso del subsidio y la vagancia. Porque ya no reivindicamos por nuestra incapacidad de hacer, aunque fuera por causas ajenas, sino por todo lo contrario, por lo febril de nuestra actividad, por lo que hacemos. Y si pedimos más es porque trabajamos más, porque tenemos mejores resultados y porque, a pesar de ello, el lastre histórico que arrastramos nos mantiene aún en una posición comparativa que no se compadece con los resultados y el esfuerzo de estos últimos 20 años. No exigimos porque los extremeños de hoy hayan dejado de hacer sus tareas, sino porque a la Extremadura del pasado no se le dieron las oportunidades que tuvieron otras tierras.

Nosotros, los de hoy, hacemos lo que nos corresponde, crecer año a año más que los demás. Pero subsanar los olvidos históricos de esta tierra es tarea de todos los españoles, y no sólo de los extremeños de hoy.

Es un cambio radical de perspectiva que nos permite exigir solidaridad sin hacer una exhibición impúdica y humillante de nuestras carencias, sino poniendo en la balanza nuestra laboriosidad, nuestra capacidad y nuestro esfuerzo. Es una nueva vuelta de tuerca en nuestra propia autoexigencia, un nuevo reto colectivo con el que encarar el futuro, porque nos obliga a mantener el esfuerzo propio para poder reclamar el esfuerzo ajeno. Es un nuevo e inexorable escalón que requerirá, como han requerido otros cambios en el pasado, un convencimiento colectivo y una sólida dirección política e institucional.

Yo confío plenamente para ello en los extremeños, que se han mostrado durante los últimos veinte años como un pueblo auténticamente especialista en cambios y en saber y en querer trabajar. Para mí, personalmente, el deseo de cambio de los extremeños es uno de los motores de mi actividad de gobierno desde finales de los años ochenta.

Y por eso ahora les propongo, y con esto termino, esta nueva forma de encaje de Extremadura en España, basada en la política del esfuerzo propio como paso previo a la reivindicación de apoyos ajenos. Y de ahí mi insistencia en la importancia de que ese esfuerzo se perciba fuera, porque es el presupuesto de nuestra reclamación y de nuestra nueva estrategia, y, paralelamente, mi prevención a que se proyecte una imagen falsa de la región que perjudique esa percepción y nos vuelva a sumir en un horizonte cerrado de pesimismo y cabras.